

muchos competidores que aspiraban á un arzobispado de tan pingües rentas, unos sostenidos por los vecinos de aquella ciudad, y otros por las intrigas de la corte de Roma. Pero Eugenio queria un obispo como se le habian pedido los florentinos, esto es, un prelado docto, santo, experimentado y natural de Florencia, para que conociese mejor las costumbres, y se grangease el afecto del pueblo á quien habia de dirigir. Era tanto lo que deseaba el Papa condescender con unas súplicas tan piadosas, especialmente tratándose de una ciudad que le habia manifestado siempre la mayor inclinacion, que en medio de tantos negocios importantes, los cuales debian ocuparle enteramente, parecia que era este el único en que se empleaba. Estando un dia en conversacion con un fraile dominico, pintor inteligente y gracioso, le dijo, que el arzobispo de Florencia le daba mas que hacer que la iglesia entera. „Me piden un santo, un hombre discreto, un sábio, y además quieren que sea florentino: ¿dónde he de hallar yo esta maravilla? Nueve meses ha que me quita el sueño esta peticion.” Ciertamente (replicó el fraile) es un asunto muy difícil: todo eso lo encontrareis en nuestro padre Antonino.

Al oír este nombre, quedó Eugenio como aquel á quien se quita la venda que no dejaba llegar la luz á sus ojos. Se enfadó consigo mismo, y se avergonzó de haber necesitado de otro para ver un mérito que le era tan personalmente conocido, y que al nombrar un pastor completo era el primero que

debia haberse ofrecido á su pensamiento. Le propuso, pues, sin perder un momento, y la diócesis le aceptó unánimemente con el mayor respeto y alegría. Tenia entonces cincuenta y cinco años, habia entrado en la órden de Santo Domingo á los diez y seis, y habia gobernado sus monasterios en todas las ciudades principales de Italia, empleándose por parte de ellos en negociaciones muy espinosas. En todos los parages donde estuvo destinado dejó el mas alto concepto de su santidad, de su doctrina y de su habilidad en el gobierno monástico y en el manejo de los asuntos mas graves. Pero si toda su modestia no fue capáz de eclipsar unos talentos tan brillantes, tampoco se deslumbró jamás su modestia con esta gran brillantéz. Invariable en el santo horror con que miraba las dignidades eclesiásticas, única señal irrecusable de la verdadera santidad, se resolvió firmemente á no aceptar el obispado. Recibió la noticia de su nombramiento estando de vuelta para Nápoles con su sobrino y un fraile de su órden, despues de haber visitado un monasterio. Alejándose inmediatamente del camino de aquella gran ciudad, donde su mucha fama no le permitia estar sin ser conocido, corrió á toda prisa á la orilla del mar con el objeto de pasar á Cerdeña, y de permanecer oculto durante su vida entre aquellos isleños semi-bárbaros; pero pretestando sus compañeros la obediencia debida al Vicario de Jesucristo, se opusieron absolutamente á que se embarcase el Santo, y usaron de una



especie de violencia para llevarle hasta Sena. Allí resistió invenciblemente á todos los medios de que se valió la persuasion, y á todas las súplicas; y fue necesaria una órden formal del Sumo Pontífice, el cual le envió al mismo tiempo sus bulas gratuitamente, con prohibicion rigurosa de perder un solo instante en trasladarse á su iglesia, de la que tomó posesion despues de muchas quejas y lágrimas, siendo por el contrario casi desmedida la alegría que mostró su pueblo.

16. Hallándose Eugenio IV muy próximo al término de su carrera, quiso tambien dar á San Nicolás de Tolentino, despues de su muerte, la celebridad de que habia huido constantemente durante su vida esta antorcha brillante del órden de los ermitaños de San Agustin (1). Hacia ya mas de un siglo que este hombre admirable, fruto de bendicion concedido á los ruegos de unos padres estériles, regla viva y constante modelo de una órden fervorosa, objeto de la edificación y de la admiración pública en cuantas partes se dejó ver; hacia, vuelvo á decir, ciento y cuarenta años que habia muerto con la reputacion de un santo, y aun de un taumaturgo, sin que se pensase en sacarle de las sombras del sepulcro, adonde habia pasado desde la obscuridad del claustro, poco diferente para él de la sepultura. Pero el Señor se complace con particularidad en glorificar á aquellos santos que mas se humillaron y despreciaron á sí mismos; y

(1) Bullar. t. 1. Eug. IV. Constit. 27.

arreglándose á estos designios el Vicario de Jesucristo, colocó con gran solemnidad al humilde Nicolás en el número de los escogidos, dignos de la imitacion y de la veneracion pública. Despues de la muerte del Santo, se habian obrado continuamente en su sepulcro milagros aun mas asombrosos y en mayor número que los que hizo durante su vida.

17. Los ministros de paz que debian restablecer la armonía perfecta entre el Emperador y la Cabeza de la Iglesia, llegaron por fin á Roma, cuando ya no le quedaba á Eugenio mas tiempo que el preciso para consumir esta grande obra. El mismo dia en que hicieron sus proposiciones, tuvo que acostarse el Papa despues de haberlas oido, y no salió de la cama hasta que le llevaron al sepulcro. Eneas-Silvio, que llevaba la palabra, como el mas hábil en manejarla entre los agentes imperiales, dijo que el cuerpo germánico presentaba la paz; pero que iba tambien á buscarla, y que dependia de algunos artículos, cuya concesion era la única cosa que podia curar los corazones exulcerados de aquella nacion, y fijarlos sólidamente en la unidad (1). Además del restablecimiento de los arzobispos depuestos de Colonia y Tréveris, se pedian tres cosas: primera, congregar un concilio general, en el tiempo y lugar que se designasen: segunda, reconocer la autoridad y la preeminencia de los concilios generales; y tercera, librar á la iglesia de Alemania de

(1) Cochl. hist. Huss. l. 9. -- Pio. II. Comm. l. 1.

las cargas onerosas de que se quejaba. Impedido el Papa con motivo de su enfermedad, autorizó á los cardenales para que tratasen en su nombre, y habiéndole hecho relacion de los pactos proyectados, lo aprobó todo en general, y dió orden para que se espidiesen las letras competentes, despues de lo cual fueron introducidos los embajadores al cuarto del enfermo, le hicieron el debido acatamiento, y le prometieron obediencia en nombre de sus principales. Eneas Silvio, á quien dió Eugenio la comision de formar la bula, y que de secretario del Emperador pasó á serlo del Papa despues de haberlo sido del Antipapa Felix, entregó inmediatamente este documento á los embajadores.

En él se vé que lo que mas interesaba á los alemanes no era la celebracion de un nuevo concilio, ni la potestad ó preeminencia de los concilios en general. La bula se dirige especialmente á la distribucion de los beneficios, á la jurisdiccion de los obispos, á los derechos de los Príncipes, á las anatas y á las contribuciones comunes: sobre lo cual concede ó confirma muchos privilegios á la nacion germánica; absuelve á todos aquellos que habian adherido al concilio de Basilea despues de su rompimiento, con tal que vuelvan á la unidad de la Iglesia, y los restablece en sus dignidades, officios y beneficios. Por medio de estas concesiones ó confirmaciones, sin entrar en ninguna altercacion sobre lo que podia perjudicar á la reconciliacion perfecta, se consideró recíprocamente el convenio co-

mo invariable, y no se trató mas que de dar gracias y de entregarse al regocijo extraordinario que causó en toda la estension de Roma este suceso feliz.

18. Es de creer que los Príncipes alemanes, los cuales procedian de acuerdo con los franceses y los habian admitido en sus asambleas, cedieron en orden á los artículos mas contrarios á las pretensiones de la curia romana, en fuerza de los consejos moderados y de los prudentes temperamentos de la corte de Francia. El Rey Cárlos VII, animado del celo mas ardiente por el restablecimiento de la unidad católica, hizo un proyecto de convenio que escluía todas las preocupaciones nacionales, y los puntos de controversia mas difíciles de conciliar (1). No se trataba en él de convocar un nuevo concilio, ni aun de confesar espresamente la autoridad del concilio ecuménico sobre el Papa, sin embargo de haberse declarado por este artículo en Basilea y en Constanza. Solo se pedia que los procedimientos y censuras de los dos partidos se considerasen como si no hubiesen tenido efecto; que Amadéo de Saboya, llamado Felix V, ocupase en la Iglesia el puesto mas elevado despues del Sumo Pontífice, y que se les conservasen á sus partidarios sus officios y dignidades: por cuyo medio debia renunciar Felix el Pontificado, y ser reconocido Eugenio en todas partes por único y verdadero Papa. Este plan, dispuesto en Tours á fines del año 1446, y enviado en primer lugar á los padres

(1) *J. Chart. p. 129. -- Spicil. t. 4. p. 323.*

de Basilea, no llegó á Roma hasta despues de la muerte de Eugenio IV, sucedida á 23 de Febrero del año siguiente, décimo-sesto de su Pontificado y sesenta y cuatro de su edad.

19. Luego que se supo que estaba en peligro la vida del Papa, acudió sin ser llamado el santo arzobispo de Florencia para administrarle los últimos auxilios de la Iglesia. Eugenio, que á egemplo de todos los grandes fue el último á quien se dió noticia de las pocas horas de vida que le quedaban, manifestó al principio mucha sorpresa; pero revisiéndose inmediatamente de la firmeza de ánimo y de los grandes sentimientos de religion que habia tenido toda su vida, reunió en su cuarto todos los cardenales que se hallaban en Roma, á fin de proveer, en cuanto le fuese posible, al bien de la Iglesia. En su largo Pontificado habian recibido todos el capelo de su mano, á escepcion de uno solo (1). Los exhortó paternalmente á la concordia y á la union fraterna, á egemplo de Jesucristo, que antes de entregarse á la muerte dió su paz á sus discipulos como la herencia mas preciosa: les suplicó por quanto hay mas sagrado que estableciesen con una santa unanimidad un Vicario digno del Pastor eterno: que en esta eleccion prefriesen á todo interés particular el bien público, la gloria de la Iglesia, el servicio de Dios, y con particularidad que eligiesen una persona á quien el espíritu de caridad y de moderacion de que tanto necesitaba el Papa

(1) *Platin. in. Eugep. IV. -- Æn. Sylv. Europ. c. 58.*

en aquellas circunstancias, hiciese agradable á todo el mundo. „ ¡Ojalá me perdone Dios (añadió) las faltas que he podido cometer en la administracion de esta dignidad formidable! Confieso que han sucedido muchas cosas sensibles para la santa Sede, mientras la he ocupado, pero mis intenciones fueron siempre rectas; y mi consuelo en este momento terrible consiste en que la divina misericordia atiende mas á la buena voluntad que al resultado de las empresas humanas. Sin duda me habia yo complacido mucho en verme elevado á las grandezas que ahora huyen de mí como una sombra, y el Señor me ha enviado contratiempos para darme á entender la inestabilidad de las cosas humanas.” Eugenio, muy elocuente en este punto, á lo menos en aquella última hora, exclamaba delante de todos (1). „ ¡Ó Gabriel (así se llamaba), ó Gabriel, cuánto mejor seria para ti no haber sido jamás Papa, cardenal ni obispo, sino acabar tus dias como los habias empezado, cumpliendo pacíficamente en tu monasterio con los egercicios de tu regla!”

20. Sin embargo, fue uno de los Papas mas insignes, aunque de los menos afortunados. Tuvo todas las cualidades que hacen á los grandes dignos de respeto y amor: elevacion de espíritu, firmeza de ánimo, nobleza en las inclinaciones y en los modales, liberalidad y beneficencia, el don de la palabra, el talento de dirigir los negocios, el amor á las letras, sin ser él mismo un gran literato, y

(1) *Ampliss. Coll. præf. t. 8. p. 14.*

lo que era mas apreciable en su dignidad y en su siglo, la discrecion de no mezclarse en las disensiones temporales de los Príncipes. Su vida fue edificante y arreglada; y se mostró este Pontífice sumamente caritativo con los pobres, y muy celoso por la reduccion de las sectas, muchas de las cuales logró reunir al centro de la unidad. Un historiador eclesiástico, mas difuso que juicioso, le acusa en su compilacion indigesta de una ambicion odiosa, y de haber fomentado el cisma con el único desigmo de conservar su autoridad. ¿Pero no se le hubiera podido echar en cara con mas razon la imprudencia, la pusilanimidad, el abandono de su obligacion, la traicion y aun la prostitucion de la esposa de Jesucristo, si por condescender con el antojo de ocho obispos y de una turba confusa de clérigos, convertidos de repente en sucesores de los Apóstoles, hubiese bajado de la Silla apostólica para elevar á ella á un intruso manifiesto? (1) Eugenio IV era naturalmente tan modesto, que al verle en público, se le hubiera tenido (dice un escritor contemporáneo) por una doncella tímida que no se atrevia á levantar los ojos del suelo. Sin embargo, es digno de notarse que se le ha alabado y vituperado con exceso; suerte comun á todos los grandes, aun en situaciones mucho menos críticas.

21. Diez dias despues del funeral del Papa difunto, se abrió el cónclave, segun costumbre, y entraron en él diez y ocho cardenales. Al principio

(1) *Volaterr. l. 22.*

todos creían que habia de ser su sucesor el piadoso y sábio cardenal Próspero Colonna, si no fuese una cosa de hecho, recibida ya como proverbio, que el que entra Papa en el cónclave sale cardenal. Al cabo de varios escrutinios en que tuvo siempre Colonna el mayor número de votos, aunque sin llegar á las dos terceras partes, vió que sus esperanzas pasaban de repente á Tomás de Zarzana, que habia sido cartujo, y era entonces cardenal obispo de Bolonia, el cual mostró quedar admirado de su fortuna, y quiso escusarse de admitirla, diciendo que era indigno de un puesto tan elevado. No obstante, refiere Eneas Silvio dos sueños proféticos, uno en que el Emperador Federico III vió que le coronaba Tomás, cinco años antes de su eleccion, y otro, en que el mismo Tomás vió á Eugenio IV la víspera de su muerte desnudarse de sus ornamentos pontificales para ponérselos á él (1). Algunos observadores advirtieron tambien que en el cónclave, cuando los demás cardenales hacian colgar de verde ó de morado sus celdillas ó aposentos, quiso el cardenal de Zarzana que la suya se colgase de blanco. Sea lo que quiera de estas observaciones misteriosas é insubstanciales, lo cierto es que el cardenal de Zarzana, hombre de poco influjo en el sacro colegio, reunió en su persona las dos terceras partes de los votos, y se le suplicó encarecidamente que no mirase con indiferencia las necesidades de la Iglesia. Prestó su consentimiento, y fue

(1) *Comment. Pii. II.*

creado Papa á 6 de Marzo del año 1447, vispera de Santo Tomás de Aquino, tomando el nombre de Nicolao V en memoria del santo cardenal Nicolás Albergati, del cual se dice que le pronosticó que seria Papa. Era de tan baja estraccion, que su madre Andrea, aunque casada con un médico, habia vendido públicamente huevos y aves, segun dice Fregoso (1). Pero su piedad y su profunda instruccion en todo género de ciencias y de conocimientos le habian adquirido tanta estimacion y tan alto concepto, que en menos de diez y seis meses le proporcionaron el obispado de Bolonia, el capelo y la tiara. Su dulzura y modestia, tan necesarias á un Papa en las circunstancias en que él se hallaba, sobresalian entre todas las demás virtudes de que estaba adornado.

22. Despues de su eleccion, reunió el Emperador Federico el dia 20 de Julio del mismo año en el pais de Maguncia á los Príncipes de Alemania, así eclesiásticos como seculares, é hizo confirmar la obediencia dada ya por los embajadores del imperio al Papa Eugenio y á su sucesor Nicolao. Al mismo tiempo se abolió totalmente la neutralidad, y se rompió toda comunicacion con el pretendido Papa Felix y con los obispos ó clérigos de su partido, los cuales continuaban atribuyéndose el nombre de concilio de Basilea en Lausana (2). Con este motivo publicó el Emperador un edicto, mandando que reconociesen todos sincera é invariable-

(1) *Dict. et Fact. Mem.* l. 3. c. 4. (2) *Cochl.* 9. *in fin.*

mente á Nicolao V por único é indubitable Pontífice, Vicario de Jesucristo y legítimo sucesor de San Pedro; que se le tributase una obediencia efectiva y entera; que se desechase con desprecio toda providencia autorizada con el nombre de Felix que habia usurpado la dignidad pontificia, ó emanada de la asamblea de Basilea. Este acto de vigor dió el último golpe á la autoridad ya muy decaida de aquel extraño concilio, y movió á Amadéo á pensar seriamente en renunciar su Pontificado quimérico.

23. Estrechábanle á ello continuamente las fuertes instancias del Rey Cárlos VII de acuerdo con Luis de Saboya, hijo y sucesor de Amadéo. Cárlos, que habia sido siempre adicto al Papa Eugenio, no tuvo dificultad en reconocer á Nicolao, y le dió parte, luego que supo su eleccion, de las diligencias que se practicaban en Francia para la destruccion del cisma. El duque Luis, Príncipe sensato, que llevaba muy á mal el papel ridículo que representaba su padre, hizo secretamente un viage á Bourges para abocarse con el Rey, el cual habia convidado á los Príncipes extranjeros á que concuriesen á fin de tratar con los franceses acerca de las necesidades urgentes de la Iglesia. Asistieron en efecto embajadores, no solo de Alemania, sino tambien de Inglaterra, á pesar del encono que subsistia entre esta corona y la de Francia (1). Co-

(1) *Hist. Chron. Car. VII.* p. 430. -- *Conc. Hard.* t. 9. p. 1321. -- *Spic.* t. 4. p. 326.